

ciencia y de las artes, en marco inmovil y silente de una sacra representación del juicio, las torturas y la ejecución de Aquel de quien los más decían «Jesús el Nazareno» o el Hijo del Carpintero, y sólo los menos suponían con certeza de fé ser el Cristo, el Mesías, el Hijo de Dios vivo? ¿Reiterar la exposición de un drama que tuvo lugar hace dos mil años y cuyo argumento y desenlace es de todos conocido?

¿Es sólo por razones de hermosa tradición, de arte y de fiesta por lo que a estas alturas del mundo, todavía



seguimos anclados en ciertas formas, hábitos y comportamientos religiosos, soslayados ya por superados por la sociedad moderna?

¿Qué justificación última, al margen, repito, de tradición, arte y fiesta daríamos hoy a este abierto y multitudinario espectáculo de nuestros desfiles procesionales?

Muchas y muy sólidas razones podrían darse en favor de nuestros desfiles procesionales: Sirven para ayuda de la memoria infiel a lo aprendido haciendo presente

el recuerdo; sirven para ejercitar la piedad, para provocar la oración, para apartar del mundo y la carne los sentidos; sirven de ayuda, en suma, al hombre moderno tan sin tiempo para la oración, la piedad y el recuerdo, tan atareado todo él en organizar, producir, consumir, olvidar y gozar.

Pero hay en esta hora justificaciones aún más altas y que se insertan más hondamente en la problemática del mundo actual. Concretamente en la de esa progresiva socialización a la que la vida humana está abocada, que si no arranca desde la plataforma del espíritu y con conciencia de fraternidad podrá terminar en el frío esquema de unas gigantescas sociedades de masas, aunque eso sí, supertécnicamente organizadas. Es a este mundo al que puede ofrecerse como singular motivo de reflexión, esta peculiar, tradicional y renovada conmemoración española de la Pasión y Muerte de Jesús.

Nuestras procesiones pueden servir hoy, ante todo, para dar testimonio de que la religión, si es, por principio, «religación» del hombre con Dios, negocio personal de salvación, lo es también por razón de perfección actitud esencialmente social, comunitaria. No se nos enseñó a pedir invocando al «Padre mío» sino al «Padre nuestro» al Padre común de los hombres por origen, redención y destino. Ni se nos ofreció como promesa final la felicidad individual, sino la participada en la comunión de los santos.

Dura ley de los humanos es esta de tener que moverse siempre entre dos extremas tendencias: Hacia la soledad individual, hacia ese frío vivir sin más vínculos con los demás hombres que el puesto y función dentro del orden social reglamentado, o hacia esa negación de la propia personalidad absorbida en la amorfa pasividad de la masa. Pero el hombre no está hecho ni para vivir sólo, ni para vivir fuera de sí, que son dos formas de desamor, sino para convivir personal, socialmente, con los demás. Y de convivencia, precisamente, de convivir espontáneamente desde una amorosa religación colectiva, dan nuestras procesiones un alto y sin par ejemplo. Basta la fé. Basta creer iletrada y elementalmente, en el misterio último que se esconde tras la representación plástica procesional, para participar en el drama sagrado. Para hacerlo per-